

POESIA

La Tribu marginada

Patricio Ríos S.

¿Qué clase de tribu conformamos los chilenos? Ninguna, por cierto. Entre otras incontables cosas, nos falta con largura un toqui. Un toqui orgánico: poderoso torso, convocante brazo, mirada visionaria. Un toqui ercillano, en síntesis. Nada mas lejano, hoy por hoy, ¿no?

No somos ninguna tribu, es cierto, pero tal vez lo somos. ¿Qué, sino lenguaje de tribu es la canción popular? Lenguaje de tribu, el de Neruda. Tribu poseyendo, habitando la naturaleza, De Rokha. Materiales tribales, la Mistral, Parra, la poesía tradicional. El graffiti que se toma los baños, las plazas, todas las paredes.

En los días que corren, el lenguaje del gran toqui no es el lenguaje de la tribu. Obvio. Sin embargo, su lenguaje tribu-ciudadano -¿tribusidario?-, pese a sus golpes de voz, de mesa y de estado, no da en el blanco. Todo lo más, desplaza al lenguaje de la tribu hacia la periferia. La literatura, la música, las artes visuales, se hacen marginales. El lenguaje de la tribu se refugia en la marginalidad. Quien quiera reencontrarse, resituarse, resumirse tendrá que viajar lejos del centro. Hacia la poesía, por ejemplo. Anotación dura de las nostalgias, esperanzas, desganos, turbaciones, miedos de los que habitan un espacio y la historia, la poesía, en su conjunto, es el testimonio vivo de la tribu.

Dos libros de poesía, entre tantos, -de verdad muchos- convocan los sentidos de una realidad tribal dispersa y, sin embargo, reunida en torno a desvelos urgentes, productos de este habitar entre cordillera y mar y, no obstante ello, limitarse siempre con la miseria, como lo estableciera Violeta Parra.

Miseria social, la de Jorge Montecalegre (*Título de dominio*, Ediciones Tragaluz, Santiago 1986); precariedad existencial y antropológica, la de Ricardo Willson (*Invocaciones*, Las Ediciones del Ornitórrinco, Santiago, 1987). Ambos son poetas treintaaferos y comparten un espacio vital y estético con muchos otros del Chile de adentro y de afuera. Amós-

fera estética que busca en el fragmento, en el coloquialismo, en la ironía, en la narratividad, la llanura del sentido. Confluencia en la palabra, pues. Neomodernidad, después de todo. Vallejo, Parra, Huidobro que guñan un ojo, en el fondo de este tiempo poético. Libros que han de leerse en cuanto tales, es decir, a la orilla de un significado global que se desgrana de fragmento en fragmento, de página en página, hasta el final.

Dos libros distintos, sin embargo, por cierto y por suerte.

Título de dominio

Este, el quinto poemario de Jorge Montecalegre -lo precedieron *Huiros*, *Lógica en Zoo*, *Astillas*, *Exilios* (en colaboración con Bruno Serrano) - posee una simplicidad formal rigurosa. Sus únicos soportes discursivos: un nosotros y un yo. Los hablantes líricos enmarcan dos espacios definidos y autosuficientes que, al alternarse de manera sistemática de página en página, allegan ecos diferentes: los del conjunto, los del individuo.

El "cada uno de nosotros" que introduce todos y cada uno de los fragmentos del nosotros, representa el terreno donde sucede la vida de la tribu. De puro marginada, vida infra o sub: "Cada uno de nosotros/ busca una casucha en este basural donde la mosca zumba/ rasante/ sobre tanto perro muerto./ Los gusanos se multiplican y la rabia/ es contagiosa en este peladero: el mejor amigo muere/ reclamando los huesos/ que enterramos bajo el agua servida".

Esta misma atmósfera de un descriptivismo calzado, desnudo, pero simultáneamente plagado de latencias, envuelve los 22 poemas que componen el espacio del nosotros. ¿Crónica roja? ¿Tremendismo? No. Nunca la mirada de melodrama, la búsqueda de la conmiseración del lector. Presentación de una manera de existir en la generación social, eso sí, en la que todavía palpita la dignidad de lo vivo y de lo humano: "Cada uno de nosotros sueña



Ricardo Willson

con abrir una alameda en este campamento/ podando los árboles/ que crecen con la yerba en toda la manzana./ Los muchachos/ comparten aspiraciones con la cuatro esquinas y confunden/ los arrabales con los arrebales/ que beotan de las nubes del humo alucinante."

Tribu compacta por abuelos, niños, patotas, mujeres, gente que juega el fútbol existencial de la sobrevivencia en la pelea por un hueso: "Cada uno de nosotros/ es un mediocampista que tira de la camiseta en esta pelotera/ un huchero/ que patea las canillas atajando el contragolpe".

Las marcas de un subdesarrollo agobiante tejen su evidencia sin renuncias. El desierito físico del espacio tribal propone permanentemente la imagen de una población marginal, de un campamento. Ello, sin embargo, no es más que parte del juego. En la estrategia discursiva, ciudad y campamento se identifican. No hay diferencias. Oficios -vendedores ambulantes, cantores callejeros-, costumbres -el fútbol, elevar volantines-toponimias -la Catedral, calles- padecimientos -la vigilancia de la dictadura- hablan de la ciudad y no sólo de un sector. Santiago, un campamento: "la virgen del Cerro San Cristóbal contempla una ciudad-animita/ en su calvario".

La trama discursiva del yo, a su vez, integra a los materiales de la experiencia colectiva, la conciencia de aquel que escribe. Son, también, 22 fragmentos, cada uno de ellos compuesto por cuatro versos. Se trata de un yo mediatizado por una cultura personal, llena de citas, de nombres o de eventos -Lassie, Marcial, Pelé, San Sebastián, la nueva trova, etc.- que acerca una respiración a saltos, arbitraria, hetero-

La tribu marginada [artículo] Patricio Ríos S.

AUTORÍA

Ríos Segovia, Patricio, 1943-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La tribu marginada [artículo] Patricio Ríos S. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile